

mujer se imaginaba también haber en fin olvidado. Eran tan dichosos como podían serlo. — Entonces es cuando el conde Jorge tomó por contramaestre á un pariente lejano de su mujer, á Hércules Champion. La desgracia entró aquí con este hombre.

— ¡Hércules! exclamó vivamente Octavio. ¡Te engañas! A él es á quien yo debo la vida. Él es quien recientemente me ha salvado de algunas calumnias é insidias, él quien me ha procurado este disfraz, y quien mañana, si quiero ser salvado, me salvará todavía.

— No acuso á M. Champion, respondió Rosa; quizás es lo que vos decís, un pariente leal y adicto; pero, en fin, que tenga ó no parte en alguna cosa, la desgracia ha entrado en Noirmont al mismo tiempo que él.

Sin que se pudiera saber por qué, sin que se pudiera acusar la negligencia de nadie, los negocios cesaron de prosperar. De día en día, M. Jorge venía á sentarse á la mesa de la familia cada vez más triste. Presto esta tristeza influyó en daño de su salud. Palideció, enflaqueció en algunos meses, como después de una larga enfermedad, y precisamente, cuando más se debilitaba, era cuando mayor necesidad habría tenido de sus fuerzas para vigilar sus intereses, cada vez más comprometidos.

La tristeza y la enfermedad hicieron prontamente su obra común. Se vió obligado á quedarse en cama, y desde ese día su existencia no fué más que una larga agonía.

El que habría podido tener tanta ventura, rico, creyéndose amado, y amado en efecto (pues la señora es una santa), en vísperas, en fin, de verse revivir en un rubio que-rubin...

¡El pobre niño no conocerá á su padre sino por algunas letras grabadas sobre una tumba!

El día en que vuestro hermano Jorge murió, hizo llamar á la señora.

Estábamos en la antecámara José y yo.

— ¿Quién es José?

La joven se ruborizó hasta las niñas de los ojos.

— Es el nieto de Jeanissou, esa pobre mujer de las cercanías que ha muerto el mismo año de vuestra llegada. Si Rancogne tiene alguna vez necesidad de que alguien muera por él, José morirá por Rancogne. Estábamos en la antecámara, José y yo. M. Jorge nos llamó con su voz débil que creo oír siempre.

— Aproxímaos, hijos míos, y escuchad bien lo que voy á decir á vuestra ama. Yo sé que sois fieles, y si alguna vez se invoca vuestro testimonio, lo daréis.

Y volviéndose hacia la señora, que lloraba:

— Elena, esposa mía, dijo, siempre fuisteis una buena y leal esposa. Todo lo que me ha pertenecido os pertenece. Aquí tenéis mi testamento; pero añado á las cláusulas que contiene una cláusula y condición verbal que no podía ocupar lugar en él, so pena de nulidad. — Sois todavía joven, Elena; va á nacer un niño que no abrazaré jamás. Quiero dar un padre, un protector á mi hijo y á mi viuda. Elena, vos sois mi única heredera, perjudicando en vuestro favor los intereses de mi hermano Octavio, — y con una

pálida sonrisa, con una sonrisa de Jesús en la cruz, continuó diciendo: — porque sé que este es el solo medio de obligar vuestra probidad. Elena, quiero que os caseis con mi hermano Octavio. — Lo oís bien, vosotros, añadió volviéndose hacia nosotros, lo exijo.

Luego hizo una seña, y nosotros salimos de la pieza.

Octavio Rancogne se había ocultado la cabeza entre las manos, y á través de sus dedos separados, se veían chorrear gruesas lágrimas. Rosa le miró silenciosamente durante algunos segundos, y con voz tímida añadió:

— Octavio, la hora ha llegado: el niño que vuestro hermano os ha legado, — vuestro hijo, — va á nacer.

La primera luz de que hemos hablado brillaba siempre. — En el camaranchón que le servía de habitación, el anciano Biassou continuaba sus confidencias con voz que sin cesar iba debilitándose.

— El enemigo de Rancogne está bajo el techo de Rancogne. Se alimenta con su pan; antes que el día haya brillado, habrá triunfado, y ni tú ni yo podemos nada para impedirlo. Pero la noble raza no puede perecer, y yo sé un secreto que la volverá á hacer brillar más fuerte y más elevada que nunca. — He querido ensayarlo yo mismo, pero no he podido. Soy viejo y débil. Cuando se quiere olvidar, se bebe aguardiente, y el aguardiente mata la memoria. Este secreto, que vuelve á recordármese en esta hora tan lúcida, porque voy á morir, y en la que todo se recuerda, he querido revelárselo al conde Jorge, pero me ha rechazado, burlándose de mí. Todo el mundo me cree loco; tú solo tienes fé en mí. Para ti, pues, el secreto que salvará y enriquecerá á Rancogne.

Escucha: — Es una machaquería, un cuento de aldeano lo que voy á repetirte, y en derredor de la antigua mansión de los condes, no en Noirmont, sino en el otro Rancogne, el precioso y lindo palacio que ha sido arrasado, — todo campesino te lo diría como yo.

Pero yo he oído esta leyenda de la propia boca del anciano conde Juan, que se reía de ella como los demás, y yo sé el camino que conduce al tesoro de Rancogne.

Este camino está en el fondo de una de las grutas que se extienden bajo el antiguo solar del palacio. Las grutas son inmensas como una ciudad, y puede uno pasar mil veces rozando con el cofre sin tropezar con él. Pero ¡yo sé donde está!

Un día, cuando Rancogne comenzó á declinar y yo comencé á adivinar la obra de iniquidad que va á consumarse esta noche, intenté durante ocho días recordarme, y el noveno lo conseguí. — Fui allá abajo... Durante una semana me creyeron muerto; me buscaron por todas partes. Y mientras tanto, yo estaba en las cuevas de Rancogne, buscando... buscando... y encontré.

¡Sí, exclamó el Biassou incorporándose con entusiasmo sobre su pobre lecho, ¡encontré! La mano que veis aquí penetró en los cofres de oro, ¡en el oro de Rancogne! Al volver, quise decir todo á M. Jorge; pero se rió de mí y me trató de loco.

Tú solo me has creído, tú solo lo sabrás.



El Biassou le cogió el brazo.

José, palpitante, escuchaba al anciano, dudando él mismo de lo que oía y creyéndose presa de un ensueño.

El Biassou le cogió el brazo con una fuerza capaz de rompersele, é inclinando su rostro hacia el del joven, fijando sus ojos en los suyos é interrogándole con la mirada, con el gesto y con la voz:

— Pero ¿tú me crees por lo menos, exclamó, y lo que te diga; lo harás?

José, titubeando durante un momento, contestó con voz firme:

— Os creo, y lo que ordeneis, yo lo haré.

— Entonces, exclamó alegremente el Biassou palmoteando, Rancogne está salvado.

Había saltado de su cama, y sin tomar la precaución de vestirse, brincaba en el suelo húmedo con ardor feroz:

— ¡Rancogne está salvado! ¡Rancogne está salvado! repetía.

José observaba lo que hacía. Un instante había creído en aquella quimera, tal era el tono del anciano, que demostraba una convicción profunda. Había creído en la existencia de aquel tesoro fantástico, oculto en el fondo de unas grutas exploradas anualmente por miles de curiosos.

No era además la primera vez que oía hablar de esas cajas llenas de oro. Se contaba en las veladas la historia de mas de un loco á quien se había encontrado muerto por algun guía en algun rincón inexplorado de las grutas, por haber intentado descubrir esos cofres imaginarios. Pero jamás, aun en las divagaciones de su cotidiana embriaguez, el padre Biassou había hecho la más lejana alusión á ese tesoro.

Habia hoy entablado la conversacion en tono tan solemne, tan religioso, por decirlo así, que el jóven corazón de José, susceptible de todos los entusiasmos y de todos los actos de abnegacion, habia comenzado á creer. Estaba sinceramente serio y conmovido, sí, cuando le dijo á Biassou :

— ¡Os creo! Todo lo que ordeneis, lo haré.

Pero en este instante dudaba; y al ver que el delirio victorioso le hacia saltar de su cama, pensaba :

— ¡Es su locura!

Pensaba :

— En su ensueño, me decia que ese tesoro que debe salvar á Rancogne, y del que me hablaba poco há, no existe mas que en su cerebro trastornado.

Mientras tanto el Biassou se habia arrodillado en un rincón de la pieza, y, sirviéndose de sus uñas, hacia un agujero en la tierra blanda.

— ¡Es el delirio! pensaba siempre José.

Y en voz alta añadía :

— Vamos, padre Biassou, os vais á resfriar; volved á acostaros.

El tono zalamero de su voz llamó la atencion de Biassou, que se desvió con desconfianza.

— Tú me crees loco, dijo; tú no haras lo que te diré.

— ¡Sí, sí! lo haré; pero volved á acostaros. Os juro que lo haré.

— ¿Lo juras?

— Locura ó no, lo haré. ¡Os lo juro por mi alma!

— Pues bien, entonces, exclamó el Biassou mostrando una cartera todavía manchada de tierra, ¡Rancogne está salvado! Sí, aun cuando el conde Octavio caiga en sus redes, aun cuando la condesa Elena y el pobre querido inocente que va á nacer fueran sus victimas, ¡Rancogne está salvado! ¡Rancogne está salvado!

Esta vez, el anciano Biassou divagaba. Fuera del conde Octavio y de la viuda de su hermano Jorge, no habia mas Rancogne en el mundo. José no pudo menos de encogerse de hombros. El Biassou se aperció de ello, pero no se conmovió.

— ¡Qué importa que me crea! se dijo, puesto que me ha jurado que, locura ó no, haria lo que le dijera!

El Biassou sacó de la cartera dos papeles: uno cubierto con un sobre espeso cuidadosamente sellado, y un pedazo de papel estrecho y manchado, en el cual estaba groseramente trazado una especie de plano.

En el del sobre se leia el nombre de José. José quiso abrirlo, pero Biassou le detuvo la mano.

— Júrame, dijo, que no rasgarás esta cubierta sino despues que tengas el tesoro en tu poder.

— ¡Lo mismo que decir jamás! pensó José.

— Júrame que mientras quede un Rancogne, tu vida, tu inteligencia, tu trabajo, le pertenecerán, y que no abrirás este papel sino el día en que vuelvas á traerle á la casa de sus padres, rico, honrado, libre de todo peligro.

A pesar suyo, la solemnidad de esta escena comenzaba á predominar en el corazón de José, que de nuevo empezaba á creer.

— Lo juro, dijo con voz inmutada.

— Pues bien, entonces, examina este otro papel y oye.

— ¡Pero este, este! preguntó José sacudiendo el sobre que le quemaba los dedos.

— Este, murmuró Biassou, contiene tu recompensa y mi rehabilitacion...

Mientras que José recogia las extrañas confidencias del viejo tonelero; mientras que la linda Rosa trataba de infundir un poco de fé en el alma del conde Octavio sobre el porvenir, ¿qué pasaba en los otros dos cuartos alumbrados del palacio de Noirmont?...

En una sala del piso llano, — la misma de donde se escapan por la estrecha hendidura de sus contraventanas cerradas, los débiles resplandores que van á reflejarse en el agua mansa del estanque, — tres hombres están sentados en derredor de una licorera.

Ya hemos encontrado á dos de ellos, y á pesar de la oscuridad que nos ocultaba sus rostros, podríamos reconocer á Hércules Champion y al doctor Toinon. Su compañero respondia al nombre de Juan Bautista Matifay, agente de negocios.

— Escuchad, decia descaradamente Champion vuelto de espaldas al fuego de la chimenea, ¡ó tomar ó dejar!

— ¡Veinte mil! mi buen Champion, es muy poco, dijo Matifay con su voz atiplada.

— Es muy poco, quiso repetir Toinon; pero una mirada de Champion le contuvo.

— Si regateais, refunfuñó Champion, tengo medios para enviaros á los dos á presidio.

Toinon se puso á tararear. Matifay sin menearse :

— Ya sabes que nos encontraremos bien donde quiera en tu compañía, amigo mio, dijo.

Champion no hacia sino roerse las uñas.

— ¡Vamos! expliquémonos una vez claramente, exclamó violentamente. ¿Cuáles son vuestras intenciones?

— Así me gusta, dijo Matifay. No hay necesidad de enfadarse. Estamos aquí para discutir nuestros pequeños intereses, ¿no es verdad? Tú eres un hombre muy inteligente, Hércules, y un buen amigo. (Habia, á fé mia, cierta emocion en su voz.) Pero tu brutalidad te perjudicará. Perdóname si te causo pena; se deben dar consejos á un antiguo camarada. Es menester dulzura en los negocios. A ti te falta esa dulzura, positivamente, careces de dulzura.

Los dos amigos se estrecharon las manos. Toinon, tranquilizado, saboreaba un sorbito de su elixir y se sonreia. ¡Es tan bello el espectáculo de dos amigos sinceros que pueden decirse todo y oír todo uno del otro!

— El negocio no es tan bueno como lo habíamos creído, murmuró Champion volviendo á sentarse.

— Perdona que te diga, Hércules, respondió Matifay, que quizás no comprendes bien todas sus ventajas. El negocio, al contrario, es magnífico.

— Que tiene sus peligros, quiere decir Champion.

— Sin duda, para nosotros; pero para ti, ninguno. Tú eres muy fuerte, amigo mio, jamás lo he dudado yo. Si acaeciera una desgracia, lo que creo imposible en el punto

en que estamos, nadie sospecharia de tí... Todo recaeria sobre este pobre doctor ó sobre mi; tú eres un heredero legítimo, tienes derechos efectivos. Para participar nosotros es menester que lo hayamos ganado. Pero, por Dios, no andemos en regateos sobre la reparticion. ¿No somos como hermanos?

La emocion ahogaba su voz. Toinon dejó caer una lágrima en su vaso.

— ¡Hermanos! ¡hermanos! decia Champion con cierto retintín.

— ¿Cuánto vale la fábrica? preguntó bruscamente Matifay.

— Cuatrocientos mil francos.

— Si, porque la hemos desacreditado un poco en estos últimos tiempos, á fin de dar una explicacion á la muerte algo prematura de nuestro pobre Jorge. ¡Una gran desgracia! y si se quisieran inquirir las causas...

— La muerte por la tristeza se parece á un envenenamiento, dijo el doctor con tono dogmático.

— ¡Sin duda! ese pobre Jorge ha muerto porque la fábrica decaía. Él no tenia una cabeza sólida; pero, en uno ó dos años, nuestro amigo Champion, que es el industrial mas fuerte de la comarca, habrá devuelto á Noirmont su valor real, sea ochocientos mil francos.

Champion hizo un gesto negativo, pero sus labios no dejaron pasar ninguna silaba de protesta. Matifay, que se habia detenido para esperar la objecion, continuó :

— Hay bonitos arbolados allá arriba, por la parte de Apreval. Los he examinado al venir. Los caminos se hacen; ved allí cortas que se pagarán caras el mejor día. Hay entre estas cortas, encinas que no daría yo á la marina por menos de cinco mil francos. Hay, ademas, cincuenta jornales de pradera de primera calidad en derredor de Noirmont, las alquerías, la Barra, la Trompardiera, las Brutillas y otros lugares que no nombro. Todo eso forma una buena extension de terreno, amigo Hércules. ¿Cuánto valen las Brutillas, la Barra, la Trompardiera, las alquerías, los prados de Noirmont y los arbolados de Apreval?

— ¡Oh! ¡sobre unos cien mil francos!

— ¡Acepto por ciento cincuenta, y yo los tomo!... Lo digo en broma, no lo tomes por lo serio. No soy yo quien abusaria jamás de la palabra de un amigo. Pero pongamos doscientos cincuenta, ¿eh? *Item* pues, doscientos cincuenta.

Y en la esquina de la mesa, con su dedo empapado en vino, escribió en primera línea 800000 francos, y debajo 250000 francos.

— Lleguemos á la cartera.

Champion exhaló un ronco suspiro. Toinon, como la máscara antigua que rie con un carrillo y llora con el otro, abria su boca con una festiva sonrisa por el lado que miraba á Matifay, mientras que por el otro, vuelto hácia el amigo Hércules, presentaba una completa inmovilidad.

— Lleguemos pues á la cartera, dijo Matifay. Nosotros no tenemos nada oculto para este excelente Toinon, ¿no es así? pues bien, aunque este asunto nos concierne á los dos mas particularmente, él no está demas en la discusion. En virtud

de compras hechas en toda regla, concertadas entre mi y la ferrería de Noirmont los Hornillos, he comprado durante dos años por doscientos mil francos de fundicion, de lo que tengo recibo.

Toinon abria grandes ojos y se preguntaba, el ingénuo: ¿Dónde puede haber encontrado este hombre esos doscientos mil francos?

— Las fundiciones revendidas por mi no han producido sino ciento noventa mil; pero algo es algo. Y seria una diablura si tú, que eres un hombre de orden, no hubieras hecho por aquí y por allí unos veinte mil francos de economia. Aun has hecho mas, estoy seguro de ello... pero no quiero regatear. Pongamos pues doscientos mil francos para la cartera. — *Item*, 200000 francos.

Luego, adicionando estas respectivas cantidades, exclamó :

— Cinco, ocho y dos diez, y dos doce. Total : un millon doscientos cincuenta mil francos.

Trazó una raya horizontal sobre su total, como todo aritmético algo celoso debe hacer, y añadió :

— Hé aquí el pastel.

Champion habria podido intentar una discusion; pero ni siquiera pensó en ello. Los guarismos tienen una elocuencia tal que nada puede responder á ella. Pasmado por el resultado de esta prodigiosa adiccion, el doctor sentia gotas de sudor que humedecian la raiz de sus cabellos. En este momento, la codicia daba casi vida á sus facciones por lo regular inanimadas y frias. Repitió á media voz, como para grabarse en la memoria este número respetable :

— ¡Un millon doscientos cincuenta mil francos! ¡El niño que debe nacer esta noche habria sido rico!

### III

#### CHAMPION, MATIFAY, TOINON Y COMPAÑIA.

La conversacion se animaba. Champion se habia bebido solo la mitad del frasco de aguardiente, como lo indicaba su faz enrojecida. El doctor Toinon estaba un poco pálido, y dejaba casi intacta la copa de elixir de Garus que tenia delante : Matifay (Juan Bautista) preferia el anisete, y su descarada mirada, encubierta por dos espesas cejas de un rubio sucio, iba socarronamente del uno al otro.

Ha llegado la hora de presentar mas particularmente á nuestros lectores á estos tres honorables personajes. — A todo señor todo honor : comencemos por el dueño de la casa.

Los inteligentes en conchiliologia admiten todos como evidente el principio de que por la concha se reconoce la ostra. Aunque nosotros no somos de los que procuran hacer pasar la ciencia del rompe y rasga en la novela, examine-